



Emilio González Déniz tiene una amplísima obra literaria y periodística en diversos géneros, pero es ante todo un novelista, con títulos como *Bolero para una mujer*, *Tiritaña*, *El llano amarillo*, *El obelisco*, *La mitad de un Credo*, *Bastardos de Bardinia*, *Sahara*, *Habanera*, *El as de espadas*, *Hotel Madrid* y *El rey perdido*.

Como autor de literatura infantil y juvenil ha realizado diversas publicaciones de narrativa y teatro, entre las que destacan *El Garoé*, *La nube transparente*, *Ico*, *la princesa blanca* y *La manzana dorada*, entre otras.

La trampa del tiempo

Emilio González Déniz



1ª edición, febrero de 2007

Colección: Cuentos para la Guagua

Asesor Literario de la Colección
Plácido Checa Fajardo

© de esta edición: Dirección General del Libro, Archivos y
Bibliotecas

Edición no venal
Depósito Legal: GC-191-2007

Producción, diseño y realización: Cam-PDS Editores S.L.
Francisco Gourie 107, 2ª Planta - Ofi. 18
35002 - Las Palmas de Gran Canaria
Tfno. 928 44 59 08 | Fax: 928 38 09 97
editorial@cam-pds.com | www.cam-pds.com

Imprime: Gráficas Sabater
Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización por
escrito de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas.



Acababa de llegar a Madrid y me dirigía en metro a un hotel de la Gran Vía. Hacía un frío invernal para los madrileños y atroz para un viajero que venía de Canarias.

Entrar en la boca del metro fue un alivio, después de haber caminado entre cuchillos que cortaban el aire desde la parada del autobús que me había traído desde el aeropuerto de Barajas. Entonces no había metro hasta el aeropuerto, y los taxis eran demasiado caros para mi presupuesto. Cuando llegué al andén, pude quitarme el gorro de lana y aflojarme la bufanda que me rodeaba el cuello y parte del rostro. La gente salía de trabajar y los vagones venían repletos. No tenía prisa, esperaría al siguiente viaje para evitar los empujones de una masa que parecía querer subirse al último tren posible en una evacuación. Cuando sonó el pitido de la marcha, el andén

estaba completamente vacío y los vagones llenos a presión.

Por un instante casi llegué a pensar que aquel podría ser el último tren, porque durante unos minutos nadie entraba en el andén desde la calle. Estaba solo en una estación de metro que unos momentos antes semejaba el puerto de Dunkerke. Era como si los viajeros trataran de huir lo más pronto posible. Poco a poco fueron llegando algunas personas, que se iban situando espaciadas en el andén. Pronto llegó un tren y subimos con prisas. Todos sabían de donde venía porque en mi bolsa de viaje se leía la colorista publicidad de «Canarias, naturaleza cálida». Me puse de pie junto a la puerta y bajé en la estación de Callao, mientras subían las personas que esperaban en el andén.

En la puerta del vagón me crucé con una mujer que olía a cielo y sándalo y que no debía de tener mucho miedo al frío, porque no llevaba gorro, ni guantes, ni bufanda; sólo un bolso azul. Iba vestida con un abrigo del mismo color, desabrochado, que permitía entrever un vestido en tonos pasteles con predominancia de azules. El abrigo le caía con estilo y dejaba ver unos botines de medio tacón y unas piernas elegantes. Las manos también eran finas, armoniosas. Tenía una melena corta y oscura, y unos ojos pequeños y tan vivos que parecían grandes. Era hermosa, es decir, me pareció la más bella de las mujeres que había visto en mi vida.

Mis ojos se cruzaron con los suyos. Tuve un impulso y traté de subir de nuevo al vagón, pero la muchedumbre que salía me lo impidió. Vi que trataba de salir, pero también le fue imposible. La puerta se cerró inmisericorde y ella se quedó quieta, con cara de decepción, los dos a menos de un metro de distancia, separados por el cristal. Mis ojos se clavaron en los suyos, y en segundos comprendí que aquella era la mujer que yo había buscado durante toda mi vida. Ella sonrió levemente y mantuvo la mirada. Desconozco qué decía mi rostro, pero ella debió entender lo que yo estaba sintiendo porque en su mirada leí que ella sentía lo mismo.

El tren arrancó y ella siguió mirándome. Fue una larguísima conversación silenciosa que duró unos segundos, y cuando íbamos a perder el contacto visual, ella hizo un movimiento de molinillo con una mano que yo interpreté como una petición de que la siguiera hasta la siguiente estación porque tenía la otra mano extendida en un mensaje que para mí era que me esperaría. Mi corazón bombeaba a tal velocidad que la sangre casi me ahogaba.

El nuevo tren llegó enseguida. Subí y me pareció una eternidad el tiempo que tardó en llegar a Plaza de España, la siguiente estación. Bajé a toda prisa. No estaba. Miré hacia todas partes, busqué como un poseso pero no la encontré. Respiré hondo para oxigenar mi cerebro y deduje que había entendido

mal el mensaje, que lo que quiso decirme con sus manos era que me quedase quieto en Callao y la esperase. Subí la escalera saltando escalones, atravesé el pasillo en franca carrera, sorteando transeúntes y golpeando a algunos con la bolsa de «Canarias, naturaleza cálida», y llegué al andén de espera en dirección contraria, a punto del infarto por la excitación y el esfuerzo. Enseguida llegó un tren, que también me pareció muy lento mientras atravesaba el mismo túnel de antes, pero en sentido contrario.

De nuevo en la estación de Callao, bajé lo más rápido que pude. Corrí por pasillos y escaleras hasta llegar al andén del principio, donde había encontrado a la mujer de mi vida. Miré, busqué, peiné cada centímetro del andén, pero no la vi. Salí a la calle. Busqué con la mirada en todas direcciones, volví a entrar, viajé de nuevo a Plaza de España, por si el mensaje era el contrario... Así estuve durante mucho rato, hasta que, ya agotado, me di por vencido. Me sentía víctima del destino, te cruzas con la persona que siempre has buscado y que coincidirá contigo una sola vez en la vida, y se diluye porque una puerta de vagón de metro cerró unos segundos antes. Esos segundos que harán que tu vida pueda ser en adelante de una manera o de otra.

Ya en el hotel, llegué a la conclusión de que todo había sido una alucinación producida por el cansancio, o que la mujer soñada, si es que de verdad subió

al tren del que yo bajaba, hizo aquellos gestos como un juego, porque se sentía protegida por el cristal. Me dije que era un romántico impenitente y me fui a la otra punta de Madrid a cenar con un viejo amigo. Regresé en metro y bajé otra vez en la estación de Callao. Al salir, me percaté de que en la entrada del andén, sobre uno de los cristales que cubren el mapa del metro, había un folio escrito que ponía: «Mensaje para Canarias, naturaleza cálida: hemos estado jugando al gato y al ratón. Mañana a las nueve en punto de la mañana en la cafetería Nebraska».

O sea, que era cierto, ella también había sentido lo mismo y nos pasamos una hora viajando de Callao a Plaza de España, y al revés, y nunca coincidimos. Si uno de nosotros se hubiese estado quieto nos habríamos visto en cualquiera de las dos estaciones. Fui a la estación de Plaza de España y, tal como supuse, encontré el mismo mensaje en otro folio pegado con cinta adhesiva al cristal del mapa. Metí los dos folios con el mismo mensaje en mi bolsillo, y cuando llegué al hotel los guardé en la bolsa de viaje, ya completamente vacía. Estaba como en una nube y apenas pude dormir. Por fin había encontrado a la mujer soñada, el flechazo existía, y renegaba de mi anterior discurso de que el amor es una mezcla de sexo y conveniencia.

Al día siguiente entré en la cafetería Nebraska a las nueve menos diez. Llevaba colgado el bolso de

viaje con la publicidad turística por si a ella le surgía alguna duda. Era una tontería porque si sentía lo mismo que yo, encontraría aquella mirada entre un millón de ojos, pero no quería más errores; pondría todo lo estuviese de mi parte, hasta fui vestido exactamente igual que la tarde anterior. Esperé en un lugar estratégico de la barra mirando hacia la puerta. Pasó media hora y empecé a impacientarme. Cuarenta y cinco minutos, el tercer café. Una hora. Nada. La mujer de mis sueños había jugado conmigo, o tal vez el frío me había hecho alucinar la tarde anterior y fui capaz de ver incluso los mensajes pegados sobre los cristales de las estaciones de metro. Para convencerme, miré dentro de la bolsa de viaje. Los dos folios estaban allí. Definitivamente, había jugado conmigo, y hasta es posible que me hubiese visto en la barra de la cafetería, desde lejos, burlándose tal vez con alguien de mi ingenuidad.

–Dígame la cuenta –pedí, resignado, al barman.

–Son... –se me quedó mirando extrañado–, ¿esa bolsa es suya?

–Sí, es mía, pero está vacía.

–Ya, es una tontería, perdóneme, pero es que hace un rato una chica me preguntó que si había visto a un hombre que, por cómo lo describió, responde a su facha –el barman era muy locuaz y se extendía–; me dijo que no lo conocía, que lo único que sabía de él es que venía de Canarias, y yo al

ver ese letrero en su bolsa pensé... Perdone, ya le dije que era una tontería, pero me dio pena, estaba muy triste, y me comentó que era una lástima no ver a ese hombre porque se tenía volver a su tierra, y andaba muy justa de tiempo para coger un tren.

–Entonces no vive en Madrid –deduje en alta voz.

–Natural, por aquí pasa gente de toda España, pero no sabría decirle de donde es; eso sí, tiene mucha clase.

–Pues ese hombre soy yo –confesé finalmente al barman– me dejó un aviso para encontrarnos aquí a las nueve en punto.

–Sí que es impuntual, además de estúpido... y disculpe –casi me reprochó–, ¡lo cita una mujer bellísima a las nueve y usted aparece casi una hora después!.

–¿Una hora? –me sorprendí–, si estaba aquí a las nueve menos diez, mire mi reloj, llevo aquí una hora, ya casi van a dar las diez.

–Mala suerte, amigo –concluyó el barman–, tiene usted justo una hora de retraso, me parece que no ha cambiado el reloj y le sigue marcando la hora de Canarias.

Tomé todas las precauciones y caí en el despiste más tonto. Normalmente, cuando viajo desde Canarias, al llegar a Barajas adelanto el reloj una hora; pero esa vez no lo hice. El destino se compo-

ne de una cadena de pequeñas decisiones, algunos despistes, una puerta de metro que se cierra cinco segundos antes de lo necesario y un reloj con una accidental hora de retraso por olvido. En Madrid hay miles de relojes, pero yo me guiaba por el mío, miraba los marcadores callejeros que señalaban 30 de temperatura y no veía la hora que saltaba después en el mismo recuadro digital.

Nunca más he sabido de aquella mujer. Pudo cambiar mi vida, pero me lo impidieron cinco segundos de indecisión ante una puerta de metro, un mal entendimiento de sus señales con las manos y mi incapacidad para quedarme quieto esperándola en una estación. Tuve una nueva oportunidad, pero al no haber ajustado mi reloj, la diferencia horaria me estafó; una de las muchas trampas del destino. Tal vez no era la mujer de mi vida. O si lo era, puede incluso que el destino jugase a mi favor impidiendo que me encontrase con ella. Quién sabe...